



RELATOS

GUSTAVO MARTÍN GARZO

Las pequeñas virtudes

Cuenta Natalia Ginzburg, en uno de sus libros, que deberíamos enseñar a nuestros hijos las grandes virtudes en vez de las pequeñas. «No el ahorro sino la generosidad y la indiferencia ante el dinero; no la prudencia, sino el coraje y el desprecio por el peligro; no la astucia, sino la franqueza y el amor por la verdad; no la diplomacia, sino el amor al prójimo y la abnegación; no el deseo de éxito, sino el deseo de ser y de saber». Para ello no debemos imitar los valores de nuestros padres. Nuestros padres no necesitaban ser prudentes ni temerosos pues tenían el poder. Nosotros no lo tenemos, y es bueno que nos mostremos a nuestros hijos como lo que somos, imperfectos y melancólicos. Tampoco es bueno amarles de una forma demasiado absorbente. Somos para ellos un punto de partida, pero su vida tiene que desarrollarse a su aire, para que puedan encontrar su propia vocación, es decir, una pasión ardiente por hacer algo que no tenga que ver con el dinero, el éxito o el poder. Ellos no nos pertenecen, pero nosotros sí les pertenecemos a ellos, y eso es bueno que lo sepan para que puedan buscarnos en el cuarto de al lado cuando nos necesiten. Lo demás suele venir por sí solo, pues «el amor a la vida genera amor a la vida».

La cuba de sangre

El mito de Salomé, haciéndose servir en una bandeja la cabeza de Juan Bautista, es uno de los mitos centrales de nuestra cultura. Representa, sin duda, el lado oscuro del amor, su amargo poder y su inaplazable exigencia. Sin embargo, en el mundo real, suelen ser los hombres los que despedazan a sus compañeras. Si el emblema de la mujer que hiere por amor o despecho es la cabeza de su amante, el del hombre es la cuba de sangre de Barba Azul. La diferencia no es insignificante. La mujer no puede dejar de mirar, incluso al hacer daño; el hombre elude hacerlo, y está

acostumbrado a hacer del cuerpo del amor un enjambre de miembros desarticulados. Supongo que, por eso, le es más fácil matar. No creo que el hecho de que en la mayoría de los crímenes pasionales las víctimas sean las mujeres se deba sólo a que éstas sean más débiles físicamente. La mujer ha hecho de la mirada, sobre su propio rostro, pero también sobre el de sus amantes y el de sus niños, la razón y la sola búsqueda de su vida. El hombre vive eludiendo hacerse responsable de esa mirada. Como al cazador que se cobra una pieza, lo que le atrae de verdad no es el espectáculo de la vida sino el de su propio poder.

El niño muerto

La imagen del bebé muerto por los disparos de los soldados judíos, durante la inacabable guerra entre Israel y Palestina, que vimos hace un tiempo en todos los periódicos no puede sino helar el corazón del que la contempla. Era un niño de cuatro meses, como tantos que vemos por las calles en sus cochecitos, acompañados de sus madres, y como estos sólo parecía dormido. Sólo que este niño no despertará nunca de ese sueño, ni volverá a sentir en su boca el tibio sabor de la leche. Tampoco llegará a conocer el misterio del paso del tiempo, ese misterio que un día le habría llevado a pronunciar tembloroso sus primeras palabras de amor. En *¡Qué bello es vivir!*, la película de Frank Capra, se nos dice cuán insustituibles somos, y cómo hasta la vida más insignificante puede guardar el germen de la salvación de otras vidas. Y este niño ¿a quién estaba destinado a salvar, qué muchacha le habría amado, qué anfitrión habría pronunciado su nombre como el del más querido de sus invitados? ¿Qué idea, entonces, el sueño de qué país o de qué raza, puede justificar su desaparición? El hombre lleva siglos asociando la idea del heroísmo a la del sacrificio y la muerte, pero ¿y si el verdadero héroe fuera el que dispone apacible cada mañana para los que ama el pan reciente y el café oloroso del desayuno?

Ladrones de huevos

«Las gallinas, escribió Gómez de la Serna, están hartas de denunciar en las comisarías que la gente les roba los huevos». Esta frase nos hace sonreír, pero por algo bien distinto a lo que nos sucede con un chiste común. Sonreímos porque percibimos en ella el embrujo de la verdadera poesía. Y todo porque es capaz de devolver a las gallinas la dignidad que llegaron a tener cuando sus antepasadas no vivían en nuestros corrales, y podían moverse a su aire. La dignidad de los urogallos, los faisanes, de todas las aves salvajes. O dicho de otra forma, porque nos permite contemplar a las pobres gallinas como algo más que carne

para nuestros guisos. Porque ¿acaso no es cierto que les robamos? Ellas ponen todo su esfuerzo, llegan hasta casi enfermar en la tarea de conformar sus huevos, y nosotros se los arrebatamos al instante para llevarlos a la cocina. Es cierto que las tenemos para eso, pero eso no quita para que al menos se merezcan un respeto. Eso hacen los poetas. Agradecer a las gallinas los huevos que llevan a su mesa, al sol la luz con que nos despierta cada mañana, a los ríos el agua con que llenamos nuestras bañeras. Dicho de otra forma, el poeta escribe para agradecer. Toma el huevo, y se detiene a mirar el corral donde lo ha encontrado. Y le parece hermoso. Esa mirada entre sorprendida y burlona es la mirada de todos los poetas del mundo.



Fábula

Augusto Monterroso no tenía un alto concepto de los hombres, ni de lo que cabía esperar de ellos, pero está claro que se encontraba a gusto en su compañía, especialmente si eran escritores o tenían algún trato con los libros. Por eso sus fábulas, contra lo que suele decirse, están llenas de candor. Pero el candor es peligroso, como lo demuestra el niño que, en el cuento de Andersen, afirma que el rey está desnudo. Ese es el problema de la verdad, que es dinamita pura; además, nadie suele creerla. Ni siquiera sabemos para lo que sirve. En un viejo cuento sufi un hombre le dice a otro: «Nos cuentas historias pero no nos dices cómo descifrarlas». Y este le contesta: «¿Tú que dirías si un hombre que viene a venderte fruta se la comiese dejándote solo con la piel?». Eso son las fábulas para Monterroso: la fruta completa.

Coleccionar silencios

Un personaje de un cuento de Heinrich Böll se dedica a coleccionar silencios. Le ha tocado vivir en una época y en un país terrible, la Alemania de después de la guerra, y trabaja de locutor en la radio. Una de sus tareas es preparar las cintas grabadas para su emisión. Él debe revisarlas, y hacer cortes, para evitar las pausas innecesarias. Pero no tira esos trozos. Los guarda en una caja con el propósito de llegar a unirlos algún día y lograr una cinta en que lo único que se oiga es el silencio. La hermosa parábola no ha perdido su vigencia, pues no creo que haya existido un tiempo en que el silencio esté más desvalorizado que hoy. Los medios de comunicación han transformado al hombre contemporáneo en un ser cada vez más parlanchín y desinhibido, que no tiene problemas en opinar sobre lo primero que se le ponga a tiro. ¿Supone esto que

hoy día las palabras estén más valoradas que nunca? Más bien sucede lo contrario, y pocas veces las palabras y las ideas han valido menos. Puede que el antídoto sea coleccionar silencios, como hacía el personaje de Heinrich Böll. El silencio es el espacio de la reflexión, pero también del pudor. Por eso todos los que guardan algo valioso hablan en susurros. Es decir, atentos a las voces escondidas que cuentan la verdadera historia de lo que somos.

Los mártires inocentes

«Los auténticos mártires inocentes de esta tierra son los animales, y más concretamente los herbívoros», escribe Isaac Bashevis Singer en *Amor y exilio*. El escritor polaco, premio Nobel de literatura en 1978, manifestará repetidas veces en su hermosa autobiografía, su ternura hacia los animales y su dolor porque tengamos que darles muerte para alimentarnos. Porque puede, en efecto, que no nos quede otro remedio que aceptar esa ley de la naturaleza por la cual las criaturas deben matarse entre sí para sobrevivir, pero ¿es justo aumentar el horror de ese inmenso matadero que es el mundo por mero placer? Todos estamos de acuerdo con que las peleas de perros o de gallos son injustificables, por su crueldad, pero, en ese caso, ¿por qué tendríamos que seguir defendiendo las corridas de toros? Nadie discute la belleza del toreo, ni su intensidad trágica, pero eso no debe hacernos olvidar que esa belleza se obtiene causando un daño irreparable a una criatura inocente. Las antiguas peleas de los gladiadores con osos, tigres, leones y otros animales salvajes también levantaban grandes pasiones entre sus partidarios, pero sin duda juzgamos su desaparición de nuestras celebraciones y fiestas como un signo de humanidad y de delicadeza. Singer nos recuerda en su libro que, según la Guemará, cada brizna de hierba tiene un ángel que le dice: «Crece». Nuestra tarea debería ser escuchar la voz de ese ángel, no acallarla.

Amor y naturaleza

«Toda la naturaleza, escribió Yeats, está llena de gente invisible. Algunos de ellos son feos y grotescos, otros, malintencionados o traviesos, muchos tan hermosos como nadie haya jamás soñado, y los hermosos no andan lejos de nosotros cuando caminamos por lugares espléndidos y en calma». ¿Qué significan estas palabras del gran poeta irlandés? Que hay que saber relacionarse con lo que no conocemos, con lo que no se entrega fácilmente a nuestros sentidos o nuestra comprensión. De todo esto hablan los cuentos que contamos a los niños. Nos prometen la compañía insuperable, la conversación en una gruta del bosque, el juego en el río con los seres de las corrientes, el encuentro con un elfo de la luz, que son las criaturas más delicadas que existen. Los cuentos hablan de lo que no hemos vivido, de ese lugar donde algo se perdió o donde no pudimos penetrar nunca. Su reino

no es el reino de lo probable, sino el de lo posible. Es decir, el reino del alma. Es un error pensar que los adultos no tenemos que escucharlos.

Utopía y desencanto

Es necesaria la utopía pero, tal como Claudio Magris nos cuenta en uno de sus libros, no lo es menos el desencanto. Por la utopía creemos en los sueños, en los ideales, nos enfrentamos a lo que somos y buscamos lo que deberíamos ser; por el desencanto corregimos los posibles desvaríos de nuestros deseos. La utopía, por sí sola, nos arranca de la realidad, nos impone la tiranía de los ideales, el sueño de la verdad absoluta y excluyente. El régimen comunista surgió de la utopía, pero también el fascismo, y ahora, en nuestro país, el terrorismo de ETA y de quienes lo justifican, que ha hecho de Euskadi el reino de la muerte. El desencanto nos devuelve la cordura, nos hace ver que si nuestros sueños son importantes, también lo es aprender a vivir en ese espacio común que es el mundo de todos. Es el acierto de Cervantes: hacer que Don Quijote y Sancho sean inseparables. Don Quijote, a solas, habría sido un alucinado; Sancho, el más vulgar de los hombres. Juntos son gloriosos. Se corrigen los excesos, se compenetran, y sobre todo se escuchan. La utopía se vuelve amable con el desencanto; el desencanto, gracias a la utopía, hace de la conquista de lo real la verdadera aventura del caballero.

La loca de la casa

No creo que sea posible vivir sin imaginación. Es más, ninguno de nosotros sería gran cosa sin esa segunda vida que sólo nos entregan los sueños. No basta con la memoria, pues en la biografía de cualquier hombre es tan importante lo que sucedió como lo que no llegó a hacerlo nunca, o lo hizo de una forma desviada y extraña, que pasó desapercibida para los demás; tal vez, incluso, para él mismo. En definitiva, todo lo que quedó sin decir. La imaginación indaga en ese vasto territorio de lo increado. Julien Green escribió que es la memoria de lo que no sucedió nunca; y nosotros añadimos, pero debió suceder. Es un acto de rebeldía frente a esa realidad cotidiana que impone a los hombres una manera de vivir y de comportarse que nada o casi nada tiene que ver con lo que de verdad desean o son. La imaginación es como ese doble enmascarado que en los relatos de aventuras abandona el ámbito de seguridad de la casa y se escapa aprovechando la noche por los tejados. Nos promete el mundo de las ventanas iluminadas, de los tesoros que brillan en la oscuridad, de los amores prohibidos. Es decir, todo lo que sin duda merecimos pero no llegamos a tener. Santa Teresa la llamó la loca de la casa, pero su misión está llena de sentido común. Hacer que la realidad vuelva a ser deseable y que los deseos se hagan reales. En definitiva, que eso que llamamos lo real no pueda existir sin el anhelo de lo verdadero.

La paloma de Picasso

En un reciente libro, Marina Picasso nos recuerda las visitas a su abuelo en compañía de su hermano. Eran visitas presididas por las advertencias de los mayores acerca de cómo tenían que comportarse para no molestarle, mientras veían como su cabra podía moverse a su antojo e incluso dejar hileras de cagarrutas sobre sus dibujos sin que éste llegara a protestar. «Cuando me muera, dijo una vez Picasso, será como un naufragio, y cuando un gran navío se va a pique, mucha gente a su alrededor es aspirada por el torbellino». Y, en efecto, las desgracias se sucedieron sobre sus familiares y amantes. Dora Maar murió en la miseria en medio de las telas de Picasso que se negaba a vender; María Thérèse Walter, la musa inconsolable, se ahorcó del techo de su garaje; y Jacqueline, la compañera de los últimos días, se disparó una bala en la sien. También se suicidó su nieto Pablo, bebiéndose una botella de lejía. No es infrecuente que la vida de los grandes creadores esté presidida por la amoralidad, ni que la entrega a su arte sea causa de desdicha para los que viven a su alrededor. ¿Merece entonces la pena ese arte? «Para dibujar una paloma, escribió Picasso, primero hay que retorcerle el pescuezo». Si es así, deberíamos quedarnos con la paloma real. ¿Pero podemos vivir sin la paloma soñada?

El poeta y el ciervo

El caso del novelista Thomas Hardy (1840-1928) es ciertamente singular. Autor de muchas y famosas novelas, entre las que puede destacarse *Tess D'Urberville* o *Jude el oscuro*, es casi un anciano cuando empieza a escribir libros de poemas. Desde entonces, hasta su muerte, escribe un total de 919 poemas, por los que llega a considerarse uno de los grandes poetas de la lengua inglesa. El trabajo del poeta es mostrar las desgracias o miserias que hay detrás de las grandes cosas, y la grandeza que hay detrás de las cosas más miserables. También encontrar la belleza en la fealdad, o la llamada del misterio en los hechos más insignificantes. Uno de sus poemas se titula «El ciervo ante la casa solitaria». El poeta está en su casa, y siente como un ciervo se aproxima a ella cada noche. Un ciervo que ha cogido la tímida costumbre de abandonar el bosque y extasiarse ante las ventanas iluminadas por el fuego. Y el poeta descubre que vive para esperar cada noche ese momento. No creo que haya un poema que exprese de una manera más conmovedora y pura el misterio de la poesía, que no es sino sentirnos interrogados por las cosas. Un niño que siente la proximidad de los muertos y de los animales en la oscuridad del bosque mientras se ocupa de su propia vida, ese es el verdadero poeta.

Sobre la decepción

En uno de sus cuadernos E. M. Cioran dice haber leído unos libros de etnología, y sentir pena por la situación de los indígenas. Los grandes defectos de nuestra civilización occidental le habían inclinado a admirarles, pero se da cuenta de que viven mucho peor que nosotros. De hecho, el miedo es el sentimiento central de sus vidas. Cioran concluye que el mal está inscrito en la condición de lo vivo y que no se debe envidiar a nadie. «A menos que salgamos de ese reino maldito que es el reino animal». Basta con ver alguno de los documentales que habitualmente programan en televisión para comprenderlo. En realidad, el reino animal es el reino del horror. Los machos se enfrentan entre sí, hasta la extenuación o la muerte, y las hembras se arrebatan unas a otras las crías para satisfacer su hambre. La naturaleza entera es un festín sangriento, y, sin embargo, nos extasiamos ante los ríos y las cumbres de las montañas o buscamos la sombra de los árboles con la fantasía de estar regresando al edén. «La vida es extraordinaria, en el sentido en que el acto sexual lo es: durante y no después». Para Ciorán no son los pesimistas, sino los decepcionados, los que conocen la verdadera naturaleza del mundo.

Sobre el miedo

Entre las obras que Kafka adolescente iba a ver representar en el teatro judío, estaba una farsa titulada *Los hombres que salieron a buscar el miedo*. Iban a buscarlo, escribe el gran Álvaro Cunqueiro, porque no lo conocían. Mientras tanto llevaban a cabo grandes hazañas, y conocían reinos y riquezas sin cuento. Pero fue al regresar a sus casas cuando conocieron el miedo, a través de situaciones triviales o de pequeñas bromas. Pensamos que el miedo pertenece a los grandes sucesos, pero donde de verdad vive agazapado es en los hechos más comunes. En la enfermedad de los seres queridos, en los gestos de la ingratitud y en los corredores de la perfidia. Basta una sola palabra desdeñosa para que el miedo vuelva a reinar en el mundo. Está en la soberbia de los poderosos, en las palabras de los delatores y en todas las maniobras de la humillación. No puede ser de otra forma, ya que, tal como Cunqueiro nos recuerda, citando a los chinos, el miedo siempre está de espaldas, que si estuviese de frente, no habría nadie vivo, tal es su perfección y siniestra belleza: «Zapatos con suela de madera para el campo encharcado, zapatos de plata para la hierba del bosque y el campo, y calzado de oro para pisar el heno». ¿Quién querría encontrarse con alguien así?

Pelar la pava

Hacer la corte, pasear la calle, pelar la pava, acaramelarse, comerse con los ojos, arrastrar el ala... son

algunas de las frases con que solemos referirnos a los asuntos que tienen lugar entre los enamorados. Nuestra lengua está llena de frases así, de forma que hasta el hablante más prosaico se sirve a menudo del lenguaje figurado de la poesía para expresarse. Perder la cabeza es ofuscarse; y beber las palabras, escuchar con atención. Detengámonos en una de ellas: «Pelar la pava». Según Néstor Luján, su origen es una graciosa anécdota andaluza. Una madre manda a su hija a desplumar una pava, y ella se pone a hacerlo en el balcón por donde en esos instantes pasa su enamorado. Ambos se ponen a hablar, y, como tarda en volver, la madre le grita desde dentro cada poco: «Niña, ¿qué haces?». A lo que ella contesta: «Espera madre, que estoy pelando la pava». ¿Habría dado lo mismo que la chica limpiara lentejas? Sí y no, ya que, a la tarea que no se acaba, se añade en este caso la picardía del cuerpo que se tiene que desnudar. Desnudarse con los ojos, ¿no es eso lo que hacen los enamorados cuando están juntos? Su luz es entonces la de las frutas lavadas, la de la harina recién molida, la de las aves que desplumadas y limpias aguardan la hora de los cocineros.

Queridas vacas

Hace años un buen amigo se tuvo que enfrentar al inesperado deseo de su hija de llevar pendientes, como las otras niñas que veía. Se había negado a perforarle las orejas al nacer, por parecerle una costumbre bárbara, y ante la inistencia de la niña terminó perdiendo los estribos. «Los pendientes, le dijo, son como esos anillos que ponen a las vacas en el hocico para sujetarlas al pesebre».

La niña entonces se echó a llorar. «Papá, le contestó entre hipidos, no te metas con las pobres vacas». Y mi amigo esa misma tarde fue con su hija a la farmacia para ponerle los pendientes que quería. He pensado en esta anécdota al ver una y otra vez en la televisión las imágenes de nuestras vacas. Las vemos caer entre espasmos, o hacinadas en los establos, sobre un mar de excrementos. Hemos hecho de ellas un animal sucio y aturdido, que nos inquieta como portador de una enfermedad sólo causada por la usura del hombre, que las alimenta con grasas animales para hacer más rentable su carne. Ni un solo reportaje que se detenga ante ellas con agradecimiento. Y, sin embargo, en el libro de Enoch, los hombres nacen de una vaca blanca, después del diluvio. ¿Se trata de la fantasía de un poeta? Puede ser, pero hay algo en los ojos melancólicos y maternales de las vacas que nos hace añorar el tiempo en que nuestros antepasados lo creían así y las trataban como discretas compañeras de sus cavilaciones.

El jardín del paraíso

Hace unos meses, en una entrevista, el escritor Arturo Pérez Reverte tuvo que responder una vez más a esa pregunta eterna de que para qué escriben los escritores. Para hacerlo contaba una historia personal. Su profesión, durante muchos años, había sido la de reportero de guerra, lo que le había hecho contemplar todo tipo de crímenes, pues la capacidad del hombre para el horror y la ignominia no parece tener límite. Esos años de enloquecido deambular, visitando sin descanso países destruidos por la ambición y la locura, le habían quitado literalmente la capacidad



de sentir. Por eso se había hecho novelista, para que esos sentimientos perdidos volvieran a él a través de sus historias y sus personajes. No aspiraba a nada más. Tampoco que lo hicieran sus lectores. Le bastaba con renovar a través de sus libros esos vínculos elementales con la vida, que volvieran a permitirle conmovirse ante la fragilidad o la belleza, o sentir compasión por los más desfavorecidos. En definitiva, como el protagonista del cuento *Juan sin miedo*, escribía para recuperar la capacidad de temblar.

No creo que pueda haber una mejor y más sencilla explicación de lo que es la literatura, y por qué es importante que siga existiendo: para recuperar la capacidad de sentir. Es decir, para devolvernos, más allá de nuestras miserias y renunciadas cotidianas, esa mirada que nos permite ver las cosas como si estuvieran coronadas por pequeñas llamas y tuviéramos que detenernos a contemplarlas.

Hay un cuento italiano que narra la historia de una reina que deseosa de tener una hija exclama un buen día: «¿Por qué no puedo tener hijos como el manzano de las manzanas?». Entonces sucede que la reina en vez de tener una niña tiene una manzana. Una manzana a la que, sin embargo, no duda en reconocer como su propia hija. Hay en la obra de todos los verdaderos escritores un pensamiento semejante al de esa reina, un pensamiento que no nace para oponerse a lo extraño, a ese fondo de indeterminación y sorpresa tan propio de la naturaleza del hombre, sino para rodear de cuidados a ese centro irreductible, a esa manzana, quién sabe si venenosa o no, que ningún protagonista de cuento alguno ha rechazado jamás. Es el

robo de una manzana semejante en el jardín del Edén el que nos constituye como hombres. Por eso es importante la literatura. Nos devuelve la capacidad de sentir, hace que nuestro corazón se llene de preguntas, es la voz del atrevimiento y del cuidado.

La flor azul

Un cuento de hadas muy sabio y antiguo cuenta la historia de un hombre que busca por todos los lados el tesoro sin precio —una flor azul o una seta mágica—, tan sólo para encontrar que ha estado siempre en el umbral de su casa. No es infrecuente que nos pase algo así. Buscamos esa flor soñada en lugares remotos, viajes sorprendentes y extraños, experiencias apresuradas, y de pronto la descubrimos temblando junto a la ventana de nuestra cocina, con los pétalos empapados de leche. Estaba allí, a nuestro lado, y no lo sabíamos. Y lo raro es que una vez hallada no sabremos qué hacer con ella, pues su naturaleza es estar de más. Pero entonces ¿por qué habría de sernos tan preciosa? El poeta William Carlos Williams se refirió a esas flores que de forma inesperada nos entregan los sueños. Flores imaginarias, pero que obran sobre la realidad, puentes instantáneos entre el hombre y las cosas. Que nos ponen en comunicación con el misterio de la vida, y vuelven habitable el mundo. Pues ya lo saben. Abran despacito la puerta de su casa y miren con atención al entrar. Cualquiera de ustedes puede ser el hombre del cuento, y encontrarse la flor que abre las piedras junto al paraguero.

